

Acción misionera de la escuela cristiana

JAVIER LORENZO

EVANGELIZACION. PRIMER ANUNCIO. REEVANGELIZACION.

Entrar en el análisis del papel de la escuela cristiana en el desarrollo de la acción misionera dentro de la tarea evangelizadora, nos pide algunas aclaraciones previas para encuadrar convenientemente el tema.

El concepto de *evangelización* empieza a ser utilizado en el ámbito de las iglesias cristianas a comienzos del siglo XX, aunque será en los años posteriores a la II Guerra Mundial cuando su uso se haga habitual. En la Iglesia Católica, tras el Concilio Vaticano II, el término evangelización adquirirá su pleno sentido a partir del Sínodo sobre la Evangelización (1974) y su correspondiente documento pontificio, la «*Evangelii Nuntiandi*». No es fácil dar una definición precisa de la evangelización ya que como nos indica la E.N., «es un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado» (EN, n° 24). Este proceso evangelizador, dentro de su complejidad, se centra en dos líneas muy definidas: a) la inserción en la vida y el dinamismo de la humanidad para su renovación y transformación en la clave de los valores del Reino, b) un anuncio explícito de Jesús que mueva a los hombres a una conversión y adhesión personal. La acción evangelizadora abarcaría por tanto toda

la acción de la Iglesia y del creyente en orden a anunciar a Jesús y construir el Reino.

La tarea evangelizadora no se desarrolla siempre de la misma manera, hay un desenvolverse armónico y progresivo que se concreta en diversas etapas. La primera etapa de la evangelización es la que se conoce con el nombre de *acción misionera, primer anuncio o primera evangelización*. Esta acción misionera exigirá el testimonio y el anuncio explícito: «La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (EN, n° 22). La finalidad de este primer anuncio es clara: una adhesión vital al Evangelio del Reino, «en una palabra, adhesión al Reino, es decir, al «mundo nuevo», al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio» (EN, n° 23). Para conseguir esa adhesión se necesita suscitar inicialmente la fe y la CONVERSION de la persona. Esta conversión inicial supondrá:

- Un «descentrar» la propia personalidad. Hasta este momento el proyecto de vida se ha vivido en base a unos valores, estos valores deben ser discernidos, debe romperse con un estilo de vida que no está de acuerdo con el Evangelio.
- Un «encuentro» con el Dios vivo, el encuentro con el Tú cercano que cambia la vida del que lo experimenta. En la comunión con ese Dios se encuentra el verdadero sentido a la vida.
- Un «reunificar» toda la personalidad en torno a los nuevos valores que van a centrar la vida. Esta reunificación se realiza en torno a un centro: el Dios revelado en Jesús. Desde Dios, la vida entera queda articulada de forma nueva.
- Un «identificarse» con la comunidad de los creyentes que viven la misma experiencia. Es esa comunidad la que sostiene, acoge y anima al que acaba de vivir la experiencia transformante de su vida.

La conversión inicial, fruto de recibir el anuncio de Jesús, deberá «ser consolidada y profundizada a lo largo de la vida —en una conversión continua— por medio y de otras acciones pastorales, distintas del primer anuncio» (Catequesis de la Comunidad, n° 41).

¿A quién se dirige este primer anuncio? La respuesta de la EN es rápida y sencilla en un primer momento: «a los que no lo conocen» (EN, n° 51). Dicho así nos plantea un problema ya que nuestra reflexión se centra en un aquí y un ahora, es decir, un espacio geográfico y

temporal en el que hay un ambiente de cristiandad. La escuela cristiana en la que queremos hacer una proclamación de Jesús no es la escuela de los llamados «territorios de misión», sino la escuela cristiana de un país que hace siglos recibió el anuncio de Jesús y se integró en la Iglesia. Nuestra escuela cristiana es la de una comunidad cristiana formada por gentes que a través de una catequesis y una vida sacramental han pasado a situarse en otras etapas del quehacer evangelizador. Si lo anterior es el principio teórico, la realidad es otra. A la escuela cristiana llegan niños que exigen y necesitan ese primer anuncio; pero sobre todo, esa escuela se coloca en medio de una sociedad que vive en un ambiente de neopaganismo, de personas (adultos y jóvenes) «que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana» (EN, n° 52). Situación que A. Iniesta en una reciente publicación («Anunciar a Jesucristo en la España de hoy») describe con las siguientes palabras:

«Sin metáforas: Hoy ya sabemos por la historia cómo fue la evangelización en otros siglos, con sus luces y sombras, aciertos y fracasos. Inclusive en los tiempos actuales contamos con unos principios y unas líneas de actuación experimentadas y comúnmente aceptadas sobre la evangelización en las iglesias jóvenes, en los llamados territorios de misión. Pero lo problemático, lo difícil, lo inseguro es cómo entender la evangelización en sociedades de vieja cristianidad, como en España, y que ahora se reconocen bastante descristianizadas, socialmente pluralistas, en gran parte secularizadas y con una minoría muy significativa que es combativamente agnóstica, anticlerical y antieclesial [...] Se trata de un conjunto humano sumamente heterogéneo en sus relaciones individuales con la fe cristiana» (p.20).

Por todo ello, quizá sea más propio en nuestro contexto hablar de una *reevangelización*. Es un nuevo estilo de acción pastoral en el que tenemos que preguntarnos por el significado de 'primer anuncio' cuando se dirige a los que recibieron el bautismo como don de la comunidad sin haber seguido nunca un camino que los condujera a una opción personal. Es preguntarnos por las formas de un primer anuncio cuando las estructuras familiares, sociales, e incluso las eclesiales no sirven en la práctica de canal de transmisión. Es buscar la manera de anunciar el Evangelio a gentes que han oído hablar de Jesús, pero no lo conocen y mucho menos se han adherido a él.

Es, por consiguiente, en el contexto anterior en el que intentaremos reflexionar sobre la escuela cristiana como ámbito de un «primer anuncio» de Jesús a personas, niños y jóvenes fundamentalmente, que saben cosas sobre él, se encuentran bautizados, pero quizá nunca se han convertido, no han hecho de Dios el centro de sus vidas.

Escuela cristiana y evangelización

El Concilio Vaticano II señaló a la escuela confesional como la más propia de la Iglesia en el mundo escolar: «La presencia de la Iglesia en el campo escolar se manifiesta, sobre todo, por la escuela católica» (G.E., n° 8). Igualmente, en el Documento sobre la Escuela Católica de la Sagrada Congregación para la Escuela Católica (1977), la señaló como un medio adecuado para desarrollar su tarea evangelizadora:

- «La misión de la Iglesia es, pues, evangelizar; es decir, proclamar a todos el gozoso anuncio de la salvación» (n° 7).
- «Para llevar a término esta misión, la Iglesia crea sus propias escuelas, porque reconoce en la escuela un medio privilegiado para la formación integral del hombre, en cuanto que ella es un centro donde se elabora y se transmite una concepción específica del mundo, del hombre y de la historia» (n° 8).
- «La escuela católica entra de lleno en la misión salvífica de la Iglesia y particularmente en la exigencia de la educación de la fe» (n° 9).

Es decir, la escuela cristiana es un espacio e instrumento de evangelización para una Iglesia que se ve en la ingente tarea de anunciar a Jesús en un mundo no predispuesto a escuchar ese mensaje. Pero resulta claro que la escuela cristiana sólo podrá ser evangelizadora si se dan en ella determinadas condiciones que intentaremos presentar de forma esquemática:

a) es evangelizadora desde una comunidad

Un centro escolar empieza a ser cristiano cuando es el centro de la comunidad cristiana. La escuela cristiana es intrínsecamente eclesial y por tanto no es algo privado de unos individuos sin referencia a una comunidad en la que se exprese y se haga manifiesta la Iglesia. Por otro lado, la tarea evangelizadora no lo es fuera de la comunidad eclesial, es la Iglesia a través de las comunidades inmediatas y de los creyentes, en cuanto enviados a esas comunidades, la que evangeliza. «Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial» (EN, n° 60).

b) Hay en ella signos de encarnación

Una escuela cristiana debe expresar signos de la Encarnación de Jesús como una opción expresa de testimonio y anuncio implícito de aquel que se encarnó para hacernos cercana la salvación. Dejando abierta

la lista, podemos enumerar algunos de estos signos: a) que sea popular, encarnada en un pueblo con el que intenta caminar hacia el futuro desde unas raíces históricas y culturales que le han definido como tal pueblo; b) que funcione en actitud de servicio y disponibilidad, manifestada en una entrega a los alumnos, a los padres, al ambiente más inmediato de la escuela... c) que se organice desde una perspectiva de diálogo y fraternidad, esta voluntad implica en la escuela cristiana una manera concreta de concebir las relaciones y la gestión del centro; d) que sea digno de pobreza evangélica, manifestada en un servicio a los más necesitados, en una ausencia de lujo y apariencias, en una educación en la austeridad y la justicia; e) que sea signo de acogida, una escuela abierta que sorprende por su capacidad de acogida universal, de apertura a todos.

c) Hay un anuncio expreso de Jesús

Si en otros momentos del pasado lo evangelizador en la escuela cristiana se reducía en ocasiones a signos exteriores (imágenes, actos...) o palabra explícita (catequesis), hoy afirmamos con claridad que esos signos y palabras deben estar dentro de un contexto más amplio, de lo contrario pierden su fuerza evangelizadora. Pero lo anterior no elimina la necesidad indiscutible de que en la escuela cristiana se anuncie explícitamente a Jesús, al menos en nuestro ambiente ya que en otros contextos culturales la legislación o la presión social pueden obligar a un silencio respetuoso o doloroso.

Presentada así la escuela cristiana como espacio e instrumento de evangelización, tenemos que afirmar que sin excluir otras etapas de la evangelización, será muy particularmente la acción misionera o primer anuncio su forma de trabajo evangelizador. La escuela cristiana trabaja muchas veces en nuestro contexto cultural occidental en una situación de misión: 1) los padres que confían los hijos a la escuela cristiana viven un amplio pluralismo religioso, en su vida personal muchos de ellos no son cristianos practicantes o están muy vagamente ligados a la Iglesia, algunos ni siquiera son creyentes. Por tanto, tenemos que aceptar que los motivos por los que sus hijos acceden a la escuela cristiana no son fundamentalmente los de una catequesis sino los de una buena educación o un bagaje cultural; 2) el pluralismo religioso de los alumnos, especialmente a partir de la adolescencia, no es muy distinto del de sus padres. La casi totalidad se encuentran bautizados, pero de ahí no podemos deducir que haya una opción personal respecto a su fe; 3) este pluralismo podemos extenderlo a los profesores seculares. Entre los educadores encontramos personas que no practican o que no están de acuerdo con la Iglesia, situación que puede dificultar el

desarrollo de un proyecto educativo. Con realismo tenemos que reconocer que junto a acciones de tipo catequético, celebrativo o similar, es más urgente el potenciar acciones de tipo misionero o de primer anuncio que toquen el corazón de las personas que forman la comunidad educativa.

Primer anuncio en la escuela cristiana

A la hora de señalar aquellas acciones y líneas de fuerza a través de las que la escuela cristiana puede desarrollar su tarea misionera en nuestro ambiente, podemos concretar las siguientes líneas:

a) En la síntesis fe-cultura

La fe y la cultura se interrelacionan en diversos ámbitos de la vida humana, pero la escuela es un lugar privilegiado para dicha relación. A través de la tarea de asimilación de la cultura que el niño y el joven van realizando en la escuela su personalidad se conforma, va adquiriendo la capacidad de conocer y saber, se orienta hacia la búsqueda de la verdad y de otros valores que hayan presentes en el patrimonio de la humanidad. Esta personalidad así trabajada es la que será capaz de adherirse a Jesús. Pero sería caer en la ingenuidad pensar que toda aportación cultural es positiva en orden a crear una persona abierta al mensaje, por ello la fe tiene una tarea crítica en la escuela cuando esa cultura no propugna un hombre abierto a la trascendencia, o afirma a la persona como un ser consumista, preocupado por el tener o el dominio sobre los otros.

La interrelación fe-cultura debe darse con un mutuo respeto que impida la manipulación de una realidad por la otra. «Al proponerse promover entre los alumnos la síntesis entre fe y cultura a través de la enseñanza, la escuela católica parte de una concepción profunda del saber humano en cuanto tal, y no pretende en modo alguno desviar la enseñanza del objetivo que le corresponde en la educación escolar. En este contexto se cultivan todas las disciplinas con el debido respeto al método particular de cada una» (EC, nº 38-39).

La clase de formación religiosa dentro de la escuela se convierte en un lugar privilegiado del diálogo fe-cultura. Como señala el documento episcopal sobre la Enseñanza Religiosa Escolar: «Tal asimilación, función de la escuela, la realiza el alumno a través de las diferentes disciplinas escolares. Una de ellas, la enseñanza religiosa, conforma esa asimilación cultural desde la perspectiva de la fe cristiana. El diálogo entre fe y cultura, que creemos necesario, hablando en general, para la maduración del creyente en su fe y vida cristiana, se concreta así, en el ámbito escolar y dentro de sus peculiares condiciones, en la ense-

ñanza de la religión, que lleva a cabo tal diálogo. La conexión de la enseñanza religiosa con las demás disciplinas, en la escuela, es una forma privilegiada de la relación ineludible entre fe y cultura; es el medio para que el alumno haga personalmente la síntesis de la fe con la cultura» (n.º 41).

Es muy claro que esta síntesis dependerá fundamentalmente, por encima de programas, de las personas que realizan su trabajo educativo en el centro. Si hay una armonía entre fe y vida dentro de cada educador, se podrá potenciar en los alumnos un diálogo y una síntesis entre la fe y la cultura.

¿Por qué la realización por parte del alumno de esta síntesis se coloca en el campo de la acción misionera? Hay una razón clara, sin ese diálogo la personalidad cristiana quedaría escindida, la fe quedaría reducido a un simple añadido que en el fondo nada tiene que decir a la vida. Una persona que en la unidad de su ser establece ese diálogo y esa síntesis, será alguien sin miedo a afrontar los retos de la civilización moderna. Vivimos en un mundo y una cultura que en la medida de lo posible desea arrinconar a la del pasado, mostrarla como una realidad válida para un mundo precientífico y acrítico. Para iniciar hoy un camino de fe es necesario no situarse frente a la modernidad con talante agresivo o con actitud de miedo. Un diálogo en profundidad nos abrirá el camino hacia Jesús sin necesidad de dejar de ser ciudadanos de nuestra época.

b) En la vivencia de unos valores

Hemos señalado anteriormente que junto al anuncio explícito de Jesús hay un anuncio implícito que se coloca fundamentalmente en la línea de una acción y un testimonio que tiende a transformar el ambiente social para una vivencia de los valores evangélicos. En la escuela cristiana ese anuncio implícito toma la forma de una vivencia de valores que se encarnan en las estructuras de relación que se establecen en el interior del centro escolar y en las relaciones que ese centro establece con la sociedad. Esa presentación vital de los valores por parte de los educadores es recogida hermosamente en el documento «El laico católico testigo de la fe en la escuela»: «Ahora bien, esa comunicación crítica comporta también por parte del educador la presentación de una serie de valores y contravalores, cuya consideración como tales depende de la propia concepción de la vida y del hombre. Pero el educador católico no puede contentarse con presentar positivamente y con valentía una serie de valores de carácter cristiano como simples y abstractos objetivos de estima, sino como generadores de actitudes humanas, que procurará suscitar en los educandos; tales son: la libertad respetuosa con los demás, la crítica equilibrada y serena, la solidaridad

y el servicio hacia todos los hombres, la sensibilidad hacia la justicia, la especial conciencia de ser llamados a ser agentes positivos de cambio en una sociedad en permanente transformación» (n.º 30).

De cara a los valores existe una permanente tentación: establecer una lista de valores y buscar las actividades que los hagan comprensibles y aceptables. No es ese camino el primero y más importante. Será necesaria, por el contrario, una primera coincidencia entre los valores de la institución y de los educadores con los valores que se desprenden del Evangelio, esa sintonía se expandirá a continuación, y fundamentalmente, a través del marco de relaciones establecido en la escuela: cada educador con él mismo, educadores-padres-alumnos entre ellos y con la sociedad circundante... Esa vivencia de relaciones será la que se convierta en fuente de asimilación de valores que vayan mostrando el estilo de vida inspirado en Jesús y abran el camino a una conversión y adhesión a su persona.

c) En la Enseñanza Religiosa Escolar.

Sin entrar en discusiones o matizaciones partimos del concepto de ERE que se presenta en el documento «La Enseñanza Religiosa Escolar» teniendo presentes las anotaciones que en ese documento y otros (p.e., «La Catequesis de la Comunidad») se hacen para los centros confesionalmente católicos. Al hablar de la «síntesis fe-cultura» ya hemos señalado igualmente el papel clave que la ERE desempeña en ese terreno.

Por su claridad nos limitaremos aquí a reproducir un párrafo de J. Gevaert en el capítulo «Enseñanza de la Religión y Evangelización», de la obra colectiva «Proyecto educativo y pastoral», Ed. CCS, Madrid, 1986: «De hecho, aún sin salir de la rígida fidelidad a su carácter escolar, la ER en la escuela católica desempeña la mayoría de las funciones que en otros contextos cumple la evangelización misionera. La ER prepara el terreno donde la problemática religiosa adquiere importancia. Combate la indiferencia religiosa y halla motivos para que el hombre se interese seriamente de los grandes problemas de la existencia humana, que están también en el corazón de toda religión. Focaliza el problema de la necesidad de salvación, que el hombre vive profundamente con referencia a las experiencias negativas de la vida y en conexión con la búsqueda de un último sentido de la existencia. La ER lleva a una actitud crítica frente a las respuestas ideológicas en torno a problemas existenciales, y permite evaluar la limitación de numerosas visiones del mundo. Además, propone, en sus líneas esenciales, la persona y el mensaje de Jesucristo, con referencia a la realidad concreta de la Iglesia y de la vida cristiana. Todo esto se hace en el respeto a la

persona, a fin de que pueda escoger, con la ayuda de la gracia divina, el camino de un posterior interés por el cristianismo, o, en cualquier modo pueda situarse conscientemente ante el problema religioso» (p. 61).

d) En la catequesis

Al presentar la catequesis como una expresión de la acción misionera de la escuela cristiana afirmamos dos cosas: a) que la escuela cristiana puede ser un ámbito de catequesis, b) que en la evangelización, la catequesis puede asumir funciones de primer anuncio.

En una escuela cristiana se podrá dar una acción catequística en el ámbito de la ERE teniendo en cuenta algunas variables: edad, clima de la clase... En los cursos inferiores es muy claro que la ERE se planteará asumiendo objetivos, metodología y materiales de acentuado matiz catequístico, ya que la estructura personal de esos niños no permite muchas de las distinciones propias de la racionalidad adulta. También en el marco de la escuela cristiana, en cuanto es la escuela de la comunidad cristiana, fuera de la clase y con carácter de opción libre y personal, se podrán plantear acciones catequísticas con niños, adolescentes, jóvenes, e incluso adultos relacionados con la comunidad educativa, que les vayan ayudando en sus procesos de educación en la fe.

Aunque en el esquema de la evangelización la catequesis es la etapa siguiente al primer anuncio, presupone que se ha dado y tiene objetivos distintos a esa acción misionera, en nuestro contexto ambiental tendrá que asumir muchas veces las funciones de primera evangelización ya que ésta no ha tenido propiamente lugar. La Catechesi Tradendae en su n° 19, tras describir la situación de muchos niños y jóvenes, concluye así: «La catequesis debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo en aquellos que están aún en el umbral de la fe. Esta preocupación inspira parcialmente el tono, el lenguaje y el método de la catequesis». Es decir, nuestra catequesis, sin perder su cometido propio, tendrá que asumir muchas veces un talante especialmente misionero.

Conclusión

Nuestro contexto ambiental, en el marco del mundo occidental desarrollado, es el de una vieja cristiandad que necesita le sea anunciado

de nuevo el mensaje salvador de Jesús. Necesita volver a convertir el corazón para seguir trabajando en la construcción del Reino. Esta tarea reevangelizadora debe realizarse en espacios apropiados, ya que muchos de los tradicionales espacios eclesiales se encuentran en crisis. La escuela cristiana es un espacio clásico que sigue conservando su fuerza de cara a los niños, adolescentes, jóvenes y adultos que se mueven en su marco. Lógicamente, para poder desempeñar esa tarea de anuncio de Jesús la escuela cristiana deberá ser la escuela de la comunidad cristiana, mostrar en su organización y funcionamiento signos de los valores del Reino y ser capaz de proclamar explícitamente a Jesús. Desempeña su acción misionera a través de una potenciación del diálogo fe-cultura que lleve a la persona a realizar una síntesis entre su fe y la cultura en la que está enraizado, de una vivencia de valores evangélicos en el entramado relacional de la escuela, de una serie de Enseñanza Religiosa Escolar y de una catequesis que asume ese talante misionero. De esta manera la escuela cristiana podrá desempeñar una tarea eclesial insustituible y urgente.